



ediciones
ALFAR



ediciones
ALFAR

LOS GARBANZOS DE DOÑA VIOLETA





ediciones
ALFAR

Reyes Aguilar Caro

LOS GARBANZOS DE DOÑA VIOLETA



Otras Narrativas

Edición a cargo de Luis M. Oliva Lucas

Primera edición: mayo de 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© Reyes Aguilar Caro

© Ediciones Alfar S. A.

Pol. Ind. Store. Calle Destornillador, 3.6. 41008 Sevilla

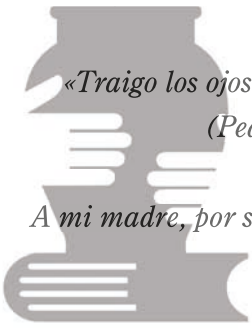
www.edicionesalfar.es/alfar@edicionesalfar.es

ISBN: 978-84-7898-927-0

Dep. Leg.: SE 877-2022

Imprime: ServicePoint

Impreso en España / *Printed in Spain*



«Traigo los ojos con los que ella miró...»

(Pedro Páramo, Juan Rulfo)

A mi madre, por sus ojos, que son los míos.

ediciones

ALFAR



ediciones
ALFARO

*«Allá donde termine ese afán que exige un dueño a imagen
suya, sometiendo a otra vida su vida, sin más horizonte que otros
ojos frente a frente.»*

(Luis Cernuda, Donde habite el olvido)

*«Aunque el otoño de la historia cubra vuestras tumbas con el
aparente polvo del olvido, jamás renunciaremos ni al más viejo de
nuestros sueños»*

ediciones. (Miguel Hernández Gilabert)

ALFAR

«España que perdimos, no nos pierdas»

(Pedro Garfias)



ediciones
ALFARO

ÍNDICE

La quiniela	13
Violeta	16
La voz de hiel	19
Doña Piedad	22
Naranjas de noviembre	27
La Sevilla resistente	30
Isabel	34
Descafeinado de máquina en taza, por favor	36
Los zapatos prestados	40
Violeta, señora de Ostos	43
Sor Mercedes	47
Mariano	50
La niña de comunión	56
Cine Jáuregui	59
La primera margarita	63
Garbanzos para Violeta	66
Isabel y Violeta, como hermanas	69
El coche de don Fernando	71
Borracho y cruel	76
El miedo	79
Una tarde de diciembre	82
El humo del cigarro	87
El traje de novia	88
Mariquilla Terremoto	92
Las habas y la madre selva	95
Los gritos anónimos	98
El cuarto del piano	101
La visita a la cárcel	105
El fango que trajo la guerra	106
Cementerio de hombres vivos	110

El viento de Fisterra	113
Los tacones de Violeta	115
Cielos de octubre	119
Una tarde de noviembre en el bar plata	123
La moneda de cambio	125
La quiniela	127
La mujer de rojo	129
La cesta de Navidad	131
El silencio de los grillos	136
Las algarrobas de Mariano	139
Las calores de septiembre	143
La foto de comunión	147
La azotea	152
El calor del membrillo	156
Las sombras chinescas	159
El vaso de agua	162
Tomás	167
La novia triste	170
La maleta	172
Las tres irmás	175
La ruta del café	179
El café y los relojes	183
El cepillo y el suavizante	186
El secreto profesional	188
El paseo	193
La destinataria	196
Companhia do caminhos do ferro portugueses	199
Hospedaria dona Carlinha	202
Ocho farolillos	205
La resignación	208
El remite mexicano	211
Los gachupines	218
El maestro	224
Colegio Cervantes	227
Avenida del Magnolio	229
Alfonsito	231
Los garbanzos de doña Violeta	236



ediciones
ALFAR

El cristal de la mesilla de noche guardaba la quiniela cada lunes repetida como una costumbre, casi como una tradición, sin importarle el partido o la clasificación de cualquiera de los equipos que la competían. Él cogía el bolígrafo y copiaba, como un escolar en su cuaderno de caligrafía, los resultados de la semana anterior con precisión de relojero. Grafías exactas y exactos resultados en los mismos casilleros jornada tras jornada.

Los domingos por la noche eran como una ceremonia; cogía el bolígrafo bic y un bloc de notas que siempre le acompañaba, hecho por él mismo con trozos de papel cuyo reverso era practicable; hojas del almanaque, propagandas e incluso, papeletas electorales, todos agrupados en trozos exactos cogidos con una pinza de pala de color negro. A veces tardaba horas en la simple tarea de compaginar papel y tijera, empleando todo el tiempo del mundo en recortar cuadrados de papel exactos. Limpiaba sus viejas gafas, las mismas con las que tanto vio sin querer ver, sabiendo de sobra lo que veía, y anotaba en una de esas hojillas los resultados que el comentarista deportivo pregonaba por televisión. Al día siguiente los volvía a comprobar con el periódico abierto ante él, en su mesa de camilla, junto a sus gafas, su libreta, el bolígrafo bic de tinta azul y el pañuelo que le secaba la baba que le caía sin que pudiese, sin que supiese, evitarlo.

Seis resultados, siete, ocho... el Barcelona empataba, el Valladolid ganaba contra el Real Madrid, cábalas múltiples para lograr la difícil ecuación de acertar los catorce, algo difícil, tan difícil como lo era no acertar ningún resultado.

—Debería existir un premio para el que no acierte ninguno, es hasta más difícil no acertar ninguno que acertar los catorce...

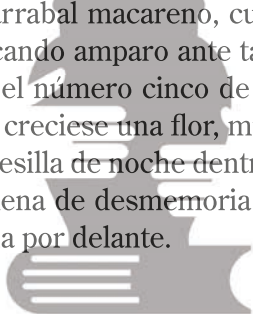
Ocurrió en una de las primeras jornadas de liga, los resultados de los equipos propiciaron casualmente dicha circunstancia, haciendo a alguien millonario y a una señora reirse del poco acierto del quinielista. Violeta, doña Violeta de puertas para afuera, aconsejaba a su marido entre risas, que para la próxima vez tuviese más tino y que al menos, acertase alguna; mientras don Fernando, de puertas afuera y de puertas para adentro, no se inmutaba, mirando sin ver a aquella mujer desconocida que le hablaba, cayendo en la cuenta segundos después, que era su mujer.

Se levantaba despacio de su rincón tras la mesa, dejando la desolación en el hueco del cojín, el mismo que ponía paz entre su espalda y el respaldar de su butaca. Dejaba sobre la mesa sus gafas, la libretilla, su bolígrafo bic y el periódico abierto para dirigirse a su habitación a volver a colocar la quiniela bajo el cristal de la mesilla de noche, alineándola con la foto en blanco y negro de Jesús del Gran Poder, verdadero artífice de lo realmente importante, la salud. Ese sí que era el pleno ganador y el consuelo para quien no carecía de nada, salvo de él mismo. La resignación cristiana nunca le faltaba a don Fernando, la salud era lo verdaderamente importante, cuando el dinero nunca fue un problema.

Testigos de las elucubraciones de don Fernando eran la lamparita de cristal tallada con pantalla blanca y el vaso de agua en cuyo fondo flotaban distorsionadas las grecas del pañito de croché, junto a la mirada de atardecer que desde un marco de plata amenazaba al aire con cortarle el paso. Aquellos ojos le miraban cada amanecer y en cada instante previo antes de dejarse vencer por el sueño, unos ojos inmensos y tristes, encendidos a la pena, luminosos, garantes de una seducción que a don Fernando le ataba desde antaño. La dueña de aquella mirada de fuego se mostraba desde una artificial e incómoda postura inclinada, recostada sobre una columna salomónica, más propia de un decorado de cine que del estudio de un fotógrafo.

Un jersey de hilo con cuello de pico marcaba unos pechos puntiagudos por consecuencia de un sujetador desafortunado; el peinado complejo, lleno de recovecos, alto, ahuecado a la moda, dándole a la cabeza una magnificencia de ingeniería por obra de una maraña de rizos y tirabuzones perfectamente situados. Dos cejas perfectas enmarcaban un abanico de pestañas espesas donde un *eye liner* trazado como con tiralíneas completaban la mirada cálida de la primera de aquella generación de mujeres con nombre de flor.

Eran aquellos ojos cálidos lo último a lo que cada noche don Fernando miraba antes de dormir, queriendo recordar con ellos aquellos mismos ojos que casi setenta años atrás, enmudecían los viejos adoquines del arrabal macareño, cuando los tacones de Violeta los recorrían buscando amparo ante tanto desasosiego, cuando todo fue tan difícil en el número cinco de la calle Primavera, aquel idóneo lugar para que creciese una flor, mucho antes de que la vida la situase sobre una mesilla de noche dentro de un marco de plata al lado de una quiniela llena de desmemoria y mucho antes de que la vida le colocase el doña por delante.



ediciones
ALFAR

Cuando se vio en el altar junto a aquel señor de pelo engominado, traje negro impecable, corbata gris y gafas de pasta que una mañana de agosto la atendió en su despacho de la calle Méndez Núñez, en calidad de persona de confianza del Gobernador Civil de Sevilla, entendió que la vida le había pasado demasiado deprisa.

Violeta recurrió a él cuando no le quedaban puertas a las que llamar para poder ayudar a quien ni siquiera sabía si le era necesaria dicha ayuda. La guerra no entiende de sangre, ni de apellidos, ni de fechas de nacimiento y por la calle Primavera ya no había sitio para los desgarradores llantos de Carmelita desde aquel caluroso mediodía de julio de aquella fecha sin olvido, cuando en medio del almuerzo se llevaron a su Luis para dejarle la desolación cosida a su alma y el cuenco de gazpacho a medio comer. Aquel mes de julio la única lucha sin cuartel era la de combatir el calor con sombra y abanico, pero el llanto de aquella mujer desde la segunda planta del número cinco calló el jolgorio de las chicharras, silenciadas ya por los disparos y la metralla que a las calles del barrio y a la ciudad de Sevilla trajeron los acontecimientos de los últimos días. Aquellos que enmudecieron los portales, la charla al fresco de aquella calle por donde la vida transcurría feliz y tranquila a pesar de todo, entre aquellas vecinas curtidas por la necesidad, las que se daban lo poco que tenían, entre niños que se criaban como hermanos jugando sobre los adoquines como arterias de ellos mismos, entre los viejos que sentados en sillas de enea esperaban la muerte y que habían vivido las vidas de todos y entre las tiendas de comestibles que daban *fiao*.

La tienda de Carmelita daba *fiao* y era como ir a la gloria. En la esquina de la calle un cartel pintado de azul con letras inglesas anun-

ciaba géneros de ultramar y en su interior, las sacas de garbanzos, de arroz y de lentejas, daban la bienvenida formando un pasillo más parecido a una trinchera, que exhalaba un inconfundible olor a arpillera cada vez que las palas de hojalata removían su contenido, manos de los dependientes con bata color café con leche que reponían, ordenaban los escaparates y despachaban; las latas de conservas, el azúcar, el café, los jamones y los salchichones que colgaban del techo alto con vigas de madera. Las botellas de vino, los carteles de manzanilla de Sanlúcar, de fino, las urnas de cristal con galletas de chocolate, los caramelos que al trasluz daban a la tienda color de caleidoscopio; la báscula, el pescado en salazón, los arenques puestos de pie dentro de su caja circular de madera, como una orquesta de escamas perfectamente situada para mejor vista de la clientela. El bacalao, la foto en blanco y negro de la Esperanza Macarena sin fajín de capitana y el olor de la vida y de la infancia envolviéndolo todo.

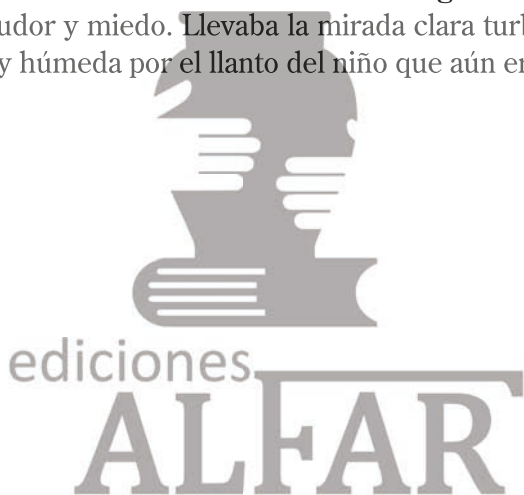
Ir a la tienda de Carmelita era experimentar con los sentidos lo placentero de lo efímero, la sencillez de lo cotidiano; las latas de melocotones en almíbar, el Quijote de la lata de membrillo de Puente Genil, las tabletas de chocolate, el molinillo del café, las anchoas de Santoña, la miel de Aracena para las torrijas y el tamborileo de los dedos de uno de sus aprendices sobre el viejo mostrador de madera, las manos nerviosas de quien apuntaba el pedido sobre un papel de estraza sin atinar, con una caligrafía exquisita del profesor en el que quería convertirse, el que quería llegar a ser algún día, sabiéndose atrapado por los ojos de aquella voz de manantial que respondía al nombre de Violeta, la única mujer a la que era incapaz de sostenerle la mirada.

Violeta sabía a la perfección que en aquella tienda siempre florecía la primavera de la calle, el olor del género le devolvía al pellizco que sentía cada vez que aquel muchacho que no atinaba con las letras a pesar de ser un estudiante brillante, aquel con quien se crio entre las calles del viejo arrabal macareno, a quien amaba con la fuerza de los sentimientos primeros y que tenía los ojos más claros que el cielo, le tiraba un garbanzo desde la puerta de la tienda cuando ella salía de

su portal camino a la sastrería donde trabajaba, donde repartía los trajes de alta costura a las señoras de buena cuna.

Aquella tarde de julio de 1936 el aprendiz de ojos de cielo y manos temblorosas se llevó la razón del nombre de su calle cuando lo subieron a un camión acompañado de hombres de mirada vacía. Luis se dio la vuelta buscando a su Violeta, tirándole un beso al aire en lugar de garbanzos, sin saber si volvería a verse en aquellos ojos de trigo, dejándole llena la lista de besos pendientes.

Llevaba la frente alta, despejada, peinada hacia atrás, la medalla de la Macarena que le regalase su madre colgada al cuello asomándole por el escote de una camisa blanca remangada a los codos empapada de sudor y miedo. Llevaba la mirada clara turbada por la incertidumbre y húmeda por el llanto del niño que aún era.



El 18 de julio de 1936, Sevilla enmudece bajo la voz y el mando de un único hombre, Gonzalo Queipo de Llano, quien entrada la noche y desde los micrófonos de Unión Radio Sevilla, aquella ventana por donde se asomaban las voces que acompañaban el devenir diario entre anuncios, canciones y concursos, emite un mensaje radiofónico que a la población, llenó de terror;

Sevillanos: ¡A las armas! La Patria está en peligro y, para salvarla, unos cuantos hombres de corazón, unos cuantos generales, hemos asumido la responsabilidad de ponernos al frente de un Movimiento Salvador que triunfa por todas partes. Por orden de la Junta de Generales, he tomado el mando de la Segunda División Orgánica, todas las tropas de Andalucía, con cuyos jefes he comunicado por teléfono, obedecen mis órdenes y se encuentran ya en las calles...

Carmelita aquella noche apagó la radio, como casi toda la vecindad, como lo tuvo que hacer cada noche para silenciar al General que se asomaba entre las ondas a sus anchas, viniéndose arriba en sus disertaciones sabiéndose dueño de una inmunidad poderosa, haciendo que el miedo se adueñase de las calles, cerrando ventanas, echando persianas y cortinas.

...El Ejército de África se apresta a trasladarse a España para tomar parte en la tarea de aplastar a ese Gobierno indigno que se había propuesto destruir a España para convertirla en una colonia de Moscú.

Cada noche de aquellos primeros días del levantamiento, durante quince o veinte minutos, la voz de hiel de aquel general que vociferaba crueldad impunemente, se colaba por las casas sembrando el

desconcierto entre la población sevillana, manipulándola, desmoralizándola y hundiéndola definitivamente. Fue la suya una crónica de guerra, con crímenes radiados casi en directo por su mismo ejecutor, soltando por el micrófono lo primero que se le venía a la cabeza con su voz de trueno. Improvisaba con crueldad, adornando sus bandos de guerra con chistes soeces sobre los gobernantes elegidos democráticamente, ofendiéndolos con motes de mal gusto, como «el grasiento», refiriéndose a Indalecio Prieto o «Doña Manolita», por Manuel Azaña, a quien acusaba de afeminado. La cuestión de la hombría era una constante en los mensajes del General, junto con la incitación a que los enemigos de España fuesen cazados como animales.

—¿Dónde estará mi Luis?

La noche del 23 de julio, Violeta escuchaba uno de aquellos terribles partes radiofónicos junto a algunas vecinas, sentadas alrededor de la mesa cubierta con un hule de flores, bajo la luz tenue de la lámpara de la cocina de Carmelita, de paredes pintadas en color verde agua. Violeta repasaba el contorno de una hoja con su dedo índice sin querer pensar en nada, como el resto de mujeres que oían la radio intentando sobrevivir un día más sin tener noticias de los suyos, intentando despegar de su memoria el espectáculo dantesco de los cadáveres por las calles, la sangre, el horror y el llanto de los niños que martilleaba la conciencia, así como el peso de tantísimas miradas de ojos de mujeres tristes.

Obreros de Sevilla: conozco perfectamente vuestro estado de ánimo, y veo que tenéis deseos de trabajar, pero que algunos no osáis hacerlo —aunque ya están cubiertos la mayor parte de los servicios— por miedo a esos comités de barrio que os amenazan con pistolas. Yo os autorizo, bajo mi responsabilidad, a matar como un perro a cualquiera que se atreva a ejercer coacción sobre vosotros, que si lo hicieréis, quedaréis exentos de toda responsabilidad.

—Mañana cerraré la tienda, no sea que haya más desgracias.

A ese mensaje le siguieron muchos más, adornados con la advertencia amenazante que supondría un sabotaje en las traídas de agua o en los cables de conducción de energía eléctrica, cuyos causantes serían fusilados inexorablemente, facultando al pueblo a callarlos de un tiro o bien, llevándoselos al General para que él mismo se lo pegase *«por cada víctima que hagáis, he de hacer lo menos diez. No os llaméis a engaño y tengáis que deplorar aquello que podéis evitar»*.

Tampoco era extraño escucharle sin vergüenza ni pudor alguno, promover la violación de las mujeres que apoyaban al bando republicano, los abusos sexuales también formaban parte de la estrategia de guerra de aquellos fascistas. El general Queipo, el de la voz de hiel, el trueno que se dirigía a la sevillanía por los micrófonos de Radio Sevilla, aplaudía este ejemplo de hombría en uno de los mensajes más crueles que no solo a las mujeres, sino a la población en general, heló la sangre definitivamente.

Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los cobardes de los rojos lo que significa ser hombre. Y, de paso, también a las mujeres. Después de todo, estas comunistas y anarquistas se lo merecen, ¿no han estado jugando al amor libre? Ahora por lo menos sabrán lo que son hombres de verdad y no milicianos maricas. No se van a librar por mucho que forcejeen y pataleen.

Para Queipo de Llano las mujeres de los rojos olían mal, quizás por su condición de obreras, hecho que hizo que Violeta recordase lo bien que olía a jazmines aquella señora tan distinguida que vivía en la calle Zaragoza a la que le llevaba los vestidos del modisto. Doña Piedad olía a jazmín y a dama de noche, evidentemente ni era una mujer obrera ni era roja, pero gracias a ese olor a noche sevillana, Violeta recordó que aquella clienta le contó a su jefe en una ocasión que tenía un hijo que sabía de leyes, que trabajaba para algún despacho del Gobierno y que estaba muy bien relacionado.

Y en aquella casa de la calle Zaragoza se presentó sobre sus tacones prestados, sabiendo que haría todo lo posible por recuperar su primavera.

La acompañaron a ella y a sus tacones prestados, una luminosa y calurosa mañana de agosto de frescor por las aceras contrarias. Aquella umbría ya no tenía sonido, una calma ensordecedora se había apoderado de las calles inundándolas tras los gritos, los disparos y el nerviosismo que los trágicos acontecimientos de julio trajeron consigo a aquellas aceras cruzadas de una punta a otra con pasos rápidos, llenos de pánico. La historia había cambiado a la gente, se desconfiaba de todo y de todos, se vivía con recelo y con miedo, como lo tenía ella.

Un miedo que además de ocupar las calles de la ciudad de Sevilla le hacía pensar en Luis a cada instante, en dónde estaría, en la de veces que le aconsejó que tuviese cuidado con las amistades que frecuentaba en Casa Cornelio, cuyo dueño, un santanderino que emigró a Sevilla para abrir su tienda de ultramarinos y su taberna, buscó a Carmelita para que le aconsejase en el negocio y en echar raíces en un barrio tan diferente a lo que él estaba acostumbrado en su Cantabria natal. Los hijos de Cornelio militaban en los movimientos anarquistas y Luis, siempre soñaba con ser uno de ellos y ayudar a cambiar las cosas en lo concerniente a los conflictos laborales que se sucedieron día tras día tras el fin de la grandísima Exposición del 29.

Aquel evento magnánimo dejó un sinfín de pabellones en la ciudad y un importante número de desempleados unido a la llamada a la huelga que coincidiría con el inicio de una nueva república. Por eso cuando Luis colgaba la bata color café con leche, dejaba el lápiz dentro del bolsillo, se lavaba las manos y peinaba hacia atrás su pelo ondulado para acudir a reunirse con comunistas, socialistas, anar-

quistas y muchos colectivos de izquierda, llevaba en los azules ojos la ilusión romántica de intentar cambiar el rumbo de la vida, mientras su madre se descomponía desde el balcón del segundo piso del número cinco de la calle Primavera viéndole salir en dirección a la taberna, sabiendo que si las cosas seguían así, se iba a llevar un disgusto.

Y no se equivocó.

La Sevilla republicana estaba sacudida por una fuerte ola de conflictos laborales que se iban sucediendo día tras día, pero ni las súplicas de Carmelita, ni la mirada de Violeta llena de desasosiego, consiguieron hacerle cesar en su empeño. Ni siquiera el bombardeo de aquella taberna lo amedrentó.

Violeta pensaba en todos aquellos ayeres caminando por unas calles que poco a poco se acostumbraban a la paz fingida y al miedo, preparándose para el recibimiento de aquella señora que olía a jazmines y miraba con desconfianza. Sabía que no era buena idea, pero tenía que intentarlo, no tenía alternativa posible para saber algo de Luis, la incertidumbre la estaba destrozando.

El borde de la acera le anunció que acababa de llegar al portal; el frescor de la umbría la recibió de la misma manera que cuando venía a entregar. En esta ocasión no llevaba una caja de cartón casi tan grande como ella, solo su bolso verde oscuro con broche de metal, su único bolso, al cual se agarraba fuertemente, como la única esperanza de salvación.

La misma muchacha pequeña y de tez morena, con el pelo negro rizado recogido en un moño y la misma mirada de miedo que ella, le abrió la puerta, reconociéndola de inmediato.

—¿Viene usted a entregar algo para doña Piedad?

Le explicó que esta vez no, que venía sin avisar porque quería consultarle algo personal importante, por si la señora podía y la escuchaba, que solo serían cinco minutos.

—La señora está a punto de irse a misa. Espere usted aquí.

Con el eco de «es la muchacha de Aldo Carlini» serpenteando por entre las columnas de mármol de aquel patio agradable, lleno de macetas, serenidad y canto de jilguero, la señora bajó la escalera elegantemente vestida embutiendo sus delicadas y blancas manos en unos guantes blancos; bolso negro de charol al codo, traje de chaqueta azul marino con media manga el cual recordó haber traído hacía pocos meses, collar de perlas perfectamente engarzadas y sincronizadas en tres filas, ordenadas de menor a mayor haciendo comba bajo su prominente papada, medias de seda, zapatos negros de tacón abrochados y labios finos pintados de rojo, fruncidos por la edad, preguntándole de escalón a escalón, si traía algo para ella, ya que no recordaba que tuviese nada pendiente con Aldo, a quien tuteaba como muestra de una longeva y fértil relación comercial.

—No señora, necesito hablar con usted. Es un asunto importante, no la entretendré mucho tiempo. Verá usted; tengo un familiar que se encuentra desaparecido desde el 20 de julio...

La cara de doña Piedad se empezó a tornar del color de una incomodidad notable, anhelando encontrar la más mínima oportunidad de salir de aquella situación embarazosa.

—Sé que su hijo tiene mano en el Gobierno Civil y si él pudiese preguntar...

La chica que abrió la puerta la ayudaba a colocarse la mantilla con dificultad, también a ella le temblaban sus manos mientras escuchaba con dolor y con los cinco sentidos la voz vapuleada de Violeta, observando impertérrita como ante aquella situación, la cara de aquella mujer tan joven, tan guapa y tan desesperada que casi le imploraba, se tornaba en la viva imagen de la compasión, de la súplica, como una dolorosa de Viernes Santo.

—No sabemos dónde está, si está vivo o si está muerto y su madre va a volverse loca. Por favor, señora, se lo ruego, se lo pido por favor. Yo sé que es usted muy buena persona...

Unos pasos bajaron por la escalera, se habían detenido en el preciso instante en el que Violeta suplicaba ayuda a aquella señora impasible que no se dignaba a escuchar a aquella chica. Los pasos continuaron avanzando escaleras abajo, seguidos de la presencia de un hombre alto, delgado, de unos treinta años, con gafas de pasta, traje impecablemente planchado de color gris y pelo engominado que al llegar al lado de aquella mujer de hielo que era su madre, experimentó una clase de dolor ajeno cuando escuchó la cruel evasiva de su progenitora sintiéndose a la vez, abrasado por aquella mirada de súplica que le estaba provocando sensaciones desconocidas hasta entonces.

—De esas cosas yo no sé nada y mi hijo está muy ocupado, además tengo que irme ya que llego tarde a la misa de doce. Ya informaré a su jefe de que ha venido usted a molestarme, máchese de mi casa inmediatamente. Vámonos Fernando.

A Violeta no le importó la amenaza, ni la humillación de ser echada de un sitio que en nada le vinculaba. Ella plantó sus ojos ante aquel hombre llamado Fernando como la única posibilidad de ayuda, como solo se mira desde la desesperanza, como mira quien lo tiene todo perdido. Don Fernando empuñó inmediatamente sintiéndose humo ante aquella mirada de fuego, sabiéndose ante aquellos ojos de súplica, que nunca iba a volver a ser libre, que algo se le acababa de despojar para siempre, quedándose en aquellos ojos de miel y trigo. Ella supo que había esperanza al ver que aquel muchacho alto y blancuzco, bajaba la vista al suelo evitando su mirada, mientras le pedía a su madre que aguardase unos minutos fuera, en el coche, alegando haber olvidado la cartera.

—Acérquese usted por mi despacho, a ver si podemos averiguar algo. Isabel le dará la dirección y el teléfono.

El aire de aquel patio se llenó de olor a jazmines tras la estela que dejó la señora, rompiendo el silencio con sus tacones tras haber piso-